

EL CORDOBÉS



CARLOS FILIPPA

Lectulandia

El Jota sobrevive a su historia de amor con la Gringa huyendo a Buenos Aires. Allí se refugia en el conurbano, convirtiéndose rápidamente en El Cordobés.

Nuevos amigos, nuevos enemigos y algunos indecisos.

Sueña con el amor verdadero y una redención que no llega.

El Cordobés, después de todo, tiene solo una cosa en mente: seguir sobreviviendo.

Lectulandia

Carlos Filippa

El Cordobés

«El Jota» - II

ePub r1.1

rosmar71 & carlosfilippa & Polifemo7 13.07.14

Título original: *El Cordobés*

Carlos Filippa, 2014

Diseño/Retoque de cubierta: Carlos Filippa

Editor digital: rosmar71 y Polifemo7

Primer editor: Carlosinchat

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Claudia y Renzo por todo lo que me dan.
Al Jota por haberse hecho amigo tan fácilmente.

Vení que te bajo eso

—¡Dale Cordobés, acabá de una vez! La Rubia no le tenía paciencia. La Rubia acababa en cinco o seis minutos y se aburría de tenerlo al Jota arriba. Y el Jota, en cambio, tenía pila para rato. Quería todas las posiciones, como con la gringa. Quería por la boca y el culo, como con la gringa. Quería acabar en las tetas, como con la gringa. Pero Mica había una sola; y estaba lejos. No solo en kilómetros, lejos la gringa.

—Date vuelta —ordenó el Jota.

La Rubia lo empujó con el pie y lo mandó de jeta al suelo.

—Andate a cagar, Cordobés. ¿Qué te pensás que soy? Encima que no te cobro... salí de acá, ¿querés?

La Rubia estaba acostumbrada a tratar con tipos como el Jota. Por sus colchones habían pasado mil como él. Y no les tenía miedo. Mujeres como la Rubia no tienen miedo. Se cansaron de tener miedo y ya no les calienta terminar en una zanja, con un cuchillo en las tripas. Es lo que hay para ellas.

El Jota se paró de un salto y quedó mirándola ponerse el jogging. Sin bombacha, el jogging. El Jota desnudo y con el forro en la erección. Sin decir palabra se quedó mirándola. La Rubia lo miró de reajo, desnudo y con el forro todavía en la erección.

—La puta madre, Cordobés. Vení que te bajo eso...

La Rubia le tenía muy poca paciencia al Jota. Pero sabía que no se podía dejar a un tipo con la leche adentro.

Como la mugre

Todos le decían «el Cordobés».

Porteños burros, no les daba el seso para nada más. Podrían haberle puesto un apodo acorde a sus habilidades. Habilidades de las que el Jota no fanfarroneaba, pero que todos conocían. En Córdoba, poner apodo es un arte muy serio, que se aprende en la calle y se perfecciona con amigos. En el conurbano le faltan el respeto a ese arte. Porque el Jota podría haber sido «puma», «ninja», «cirujano» o hasta «carnicero». Pero no, para todos en el sur del conurbano era «el Cordobés». Le bastó abrir la boca para que el apodo se le pegara como la mugre.

En realidad, al Jota le importaba un pito cómo le digan. Desde que llegó en un camión de esos que cargan pollos, no le dijo a nadie su verdadero nombre, ni a nadie contó su historia. Así que si querían llamarlo así, mejor. Total, el Jota se cagaba en todo y en todos. Es lo que aprendió en la ciudad que le dio el acento y las cicatrices. Aprendió muchas otras cosas en la ciudad que le dio el acento y las cicatrices. Pero principalmente a cagarse en todo y en todos. Eso le salía muy bien.

Parkour

Salto.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos en el aire.

Aterrizaje.

Los músculos de las piernas se comprimen como un resorte. Las rodillas son una maravilla de la evolución. Todo en el cuerpo del Jota está hecho para volar de un techo al otro. La parte inferior para saltar. La parte superior para trepar.

El día está hermoso para el parkour. Así le dicen los chetitos a lo que él hace. El Jota no sabe el nombre, pero sabe hacerlo.

Salto.

Uno, dos, tres segundos en el aire.

Las manos se aferran a la cornisa y las nikes se pegan de punta en los ladrillos.

Los brazos fibrosos. Los dedos como garras. Casi como si fuese parte del mismo movimiento, las piernas se tensan. Con el empujón es suficiente para columpiarse, subir y caer de pie sobre la terraza. Y correr de nuevo. Rápido como un felino. El aire fresco de la tarde en la cara. El corazón a mil. La sangre a presión alimenta brazos, manos, piernas, pies, cerebro. Una milésima de segundo para decidir si subir o bajar, si izquierda o derecha. Un error y el Jota termina hecho puré en la vereda. Es instinto. No puede ser otra cosa.

Salto.

Uno, dos. Otro salto. Uno, dos, tres. Otro salto. Uno, dos, tres, cuatro segundos.

Aterrizaje de cuclillas y roll.

Los chetitos lo hacen por diversión. Lo graban y lo suben a youtube. El Jota lo hace para no terminar con un agujero en la cabeza.

La bala le silba en el oído y se estampa en el murito de ladrillos que sostiene un tanque de agua.

—¡Mierda! —murmura el Jota entre dientes.

Por eso chorea solo plata, joyas y cosas que pueda llevar en el bolsillo. Porque necesita las manos libres.

Salto.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

El sol en la cara, el viento en el pelo. El día está hermoso para el parkour.

Baby sitter

—Tomá, abrí la boca.

Ni en sus putas peores pesadillas se hubiese imaginado estar dando de comer a una pendeja a esta altura de su vida. En su cabeza, el Jota tenía otros planes. Otros planes no necesariamente mejores, sino que distintos. Tampoco planes muy ambiciosos. El Jota no era muy de pensar en el futuro. A lo sumo cuando planeaba un choreo, lo mínimo indispensable.

—Si no querés, cagate de hambre, ¡a mí no me importa! —mintió el Jota.

La vida familiar no era así como la especialidad del Jota. No era culpa de él. Lo más cercano a una familia que había tenido eran el Rana y el Pelusa. Pero esas familias de papá, mamá y hermanos sentados alrededor de la fuente de ravioles, nunca. Ni de cerca.

Al Jota le hubiese gustado conocer a su madre. Que su padre no fuera un boludo miserable. Que la mina de su padre no se lo hubiese querido voltear cuando cumplió trece. Que su hermanastra no fuese una hija de puta, literal y figuradamente. Le hubiese gustado tantas cosas...

Pero ahora el Jota, para bien o para mal, estaba solo en este mundo. El Coronel se había encargado de eso. Entrando a los tiros como en las películas, se había encargado el Coronel de dejar al Jota tan solo como siempre se había sentido. Si no fuera por el Rana y el Pelusa... «¿Qué será de la vida del Pelusa?», se preguntaba de vez en cuando. Cada vez menos seguido, se preguntaba el Jota por la vida del Pelusa.

El Jota tenía que cuidar la pendeja hasta las ocho de la noche, después se hacía cargo la Rubia. Y faltaban como tres horas todavía.

—También con esta polenta de mierda... ¡ni queso tiene! —se apiadó el Jota mirando la carita de la mocosa, embarrada en lágrimas y mugre. No se parecía en nada a las fotos.

Puntero

El Jota no terminó de convertirse en el Cordobés cuando quisieron reclutarlo. No terminó de conocerle los agujeros a la Rubia cuando lo visitaron con todos los honores. No habían pasado ni cinco días desde que había llegado, en uno de esos camiones que transportan pollo había llegado, cuando el puntero se le paró al frente, panza al aire debajo de la remera corta con la cara del general. Se revolcaría en su tumba el general, pero no es culpa de él su cara en las remeras cortas que no llegan a tapar las panzas de los punteros.

—Mirá pibe, la cosa es así —sentenció el gordo.

—¿Así cómo? —desafió el Jota.

—Lo único que pedimos es que nos ayudés a ayudar a la gente de la villa, ¿me entendés?

El Jota entendía perfectamente. Nunca había querido estar metido en la política. Meterse en política es meterse en la droga. Los punteros tienen remeras cortas de diferentes colores con diferentes caras y escudos, pero las panzas de abajo son siempre iguales. Y la plata para llenar esas panzas viene siempre del mismo lado.

Para colmo, en su barrio natal, el Jota había podido ganarse su independencia y zafar de las pecheras. Pero acá en el conurbano todo era diferente. Acá en el conurbano no había mucho espacio para la finta, y el Jota sabía que la cintura no lo iba a sacar de esto.

—Contá conmigo —capituló el Jota.

Al puntero se le pintó una sonrisa en la cara y al Jota se le hizo un nudo en la panza. La viveza del Jota le decía que era necesario tragarse un par de sapos hasta establecerse. Pero eso no los hacía más digeribles. Ni más sabrosos.

—Te vamos a venir a buscar cuando te necesitemos.

El Jota rogó que no fuese más que para llenar colectivos o repartir bolsones. Pero en sus adentros sabía que no iba a tener tanta suerte.

La primera vez

Si le tirás a un cana tenés que apuntar a la cabeza. Y ya a unos cuanto metros, la cabeza es chiquita como un limón para acertarle. Tenés que apuntar a la cabeza porque al bulto no vale la pena. Los canas usan chaleco, los muy putos. El Jota sabía todo esto en la teoría. En la práctica, nunca había tenido la necesidad de bajar un cana. Ni para defenderse siquiera. Generalmente los policías panzones de Córdoba le duraban dos o tres cuabras. Y abandonaban. Las piernas del Jota duraban mucho más que tres cuabras a todo lo que da. Once, doce, por lo menos. Y después le quedaba resto para un trote tranquilo. Y ni que hablar cuando se trepaba y escapaba por los techos. Ahí ninguno de esos boludos tenía la menor chance.

Encima el Jota, de todos modos, casi nunca andaba de caño. Y para el filo, a corta distancia, el chaleco antibala es más un estorbo que una ventaja. Los canas se creen seguros con la nueve en la mano, pero no se dan una idea lo fácil que es para tipos como el Jota abrirlos de lado a lado. Chaleco y todo. Porque los mejores puntos para clavar el filo están por fuera del chaleco. Garganta y sobaco, allá van los que saben con el filo. ¿Y el chaleco? Una mierda. Garganta y sobaco, el filo entra, rasga, sale, el cana se desangra o se ahoga, el resultado es siempre el mismo.

El Jota nunca había tenido necesidad de bajar un cana. Aunque para todo hay una primera vez. Y la primera vez del Jota fue por venganza.

El hijo de puta arrodillado en la tierra, con la mano tratando de parar lo imparabile, con los borbotones escapándose entre los dedos, con los ojos abiertos como ternero, terror en esos ojos, el chaleco violeta, la nueve semienterrada en el suelo, inservible, la boca entreabierta, muerto en vida. El Jota no sabe por qué se le dio por sacarse el pito y empezar a mearlo. No lo sabe. Con escupirlo hubiese bastado. Pero ahí estaba, parado frente al hijo de puta, meándolo en la cara. Y el pobre infeliz, los últimos segundos en este mundo, con meada en la boca, los ojos, la nariz.

Aún así, todo era poco para vengarse de uno como estos.

Recién llegado

Dicen que ser el recién llegado es difícil.

Lo dicen los que fueron recién llegados y ahora se la hacen difícil a los que llegan.

Lo dicen los que fueron recién llegados y no pudieron pasar de ahí. Y quedaron en el camino.

También dicen que, por ejemplo, cuando vas a la sombra te tenés que romper el alma a roscazos con el más pulenta que encontrés para que te respeten. Y para no ser el recién llegado tanto tiempo.

El Jota pasó la primera noche en el conurbano bonaerense a los roscazos y cuchilladas. Sabía lo que hacía y por qué lo hacía.

Esa misma noche se hizo de tres o cuatro enemigos. Enemigos calculados, esperables, previsibles. Pero también esa misma noche dejó de ser el recién llegado y se convirtió en «el Cordobés».

La mañana de esa misma noche la Rubia lo adoptó cama adentro. Una inversión, más que nada, lo de la Rubia. Sabía que tarde o temprano el Jota iba a proveer lo necesario. Mientras tanto, a la Rubia le bastaba una buena cogida de vez en cuando. Y el Jota había tenido un entrenamiento envidiable para eso.

El bonaerense

Santiesteban es un apellido muy boludo para un cana. Suena más a empleado de banco. O a vendedor de autos. Pero así decía la placa en la camisa, así que Santiesteban nomás era.

Santiesteban no era patrón ni peoncito en la bonaerense. Se las había ingeniado para no tener que mandar ni obedecer demasiado. Eso no es fácil en una fuerza que se jacta de su verticalidad. Santiesteban tenía un apellido boludo, pero bien vivo que era. Y como cualquier cana vivo, no era de los más limpios.

—Santiesteban, el Cordobés —era todo lo que dijo la Rubia.

Con eso estaban presentados. Y como si tuviesen más en común que la concha de la Rubia, Santiesteban y el Jota comenzaron a trabajar juntos.

—El otro día hicimos un allanamiento por unos cheques. El tipo va a estar en cana un par de semanas así que la casa es toda tuya.

Santiesteban ponía el dónde y el cuándo. El Jota entraba y salía como sabía. En lo de la Rubia se repartían la tarasca, pero las joyas y demases iban a lo del Judío. El Judío era Sánchez de apellido y tenía el cuerito del pito intacto. Pero sino cómo carajo le van a decir los porteños al que se encarga de reducir la merca cobrando la mitad de todo por comisión. Porteños burros, no les daba el seso para nada más.

El Jota no lo podía ni ver al Judío. Santiesteban, más pragmático, sabía que la mitad de algo era mucho más que la mitad de nada. Sobre todo si ese algo antes era de otro.

Una historia de amor como en la tele

El Jota sueña.

La luz del día no deja dudas. Ya es tarde, bien entrada la mañana y la luz que entra por la ventana no deja dudas. Pero al Jota no le importa qué tan tarde es. Le cuesta abrir los ojos. No los abre, en vez de eso tantea con los dedos largos el cuerpo desnudo que está enroscado en sus piernas. Lo acaricia con las yemas. El Jota sonrío. Recuerda. Sabe. Ese cuerpo desnudo no es solo carne que comió por la noche. Ese cuerpo desnudo es de una mujer que lo ama. Una mujer que en cuanto él decida abrir los ojos se los va a cerrar con besos cortitos. Una mujer que después de eso le va a preparar el matecocido exactamente como a él le gusta. Sin preguntar nada, se lo va a preparar como a él le gusta.

Ese cuerpo desnudo que el Jota reconoce solo con las yemas es de una mujer que lo ama. Sin excusas, sin explicaciones, sin preguntas ni respuestas. Y que al mediodía le va a hacer unas milanesas sequitas y finitas, de esas que el Jota se come veinte. El Jota sabe que así va a ser su día, porque sabe que está con la mujer que lo ama. Y lo cuida. Y lo mimar. Porque el Jota será lo que sea, pero también necesita que lo cuiden. Y que lo mimen. Y ella lo va a mimar.

Entonces el Jota no tiene apuro para abrir los ojos. Disfruta, tanto como pueden disfrutar los tipos como él, de esa sensación de las lagañas secuestrándole los ojos. De la ausencia de urgencias.

El Jota recuerda cómo llegó ese cuerpo desnudo a su cama. Esa cama limpita de sábanas perfumadas. El Jota sonrío al recordar el comienzo de esa historia de amor. Porque hasta los tipos que abren a otros tipos de oreja a oreja tienen derecho a tener su historia de amor. Porque hasta los tipos como el Jota necesitan vivir, aunque sea una vez, una historia de amor como en la tele.

El Jota sueña.

Pero el frío despierta. Con dolores y olores horribles, despierta el frío. Agarroado el cuerpo y el corazón, despierta el frío. El Jota se levanta del colchón desnudo que comparte con La Rubia y se va al baño a mear. El frío te hace mear seguido. Y mientras camina recuerda su sueño de lagañas en los ojos y milanesas finitas. El Jota también llora, a veces.

El encargo

Santiesteban y el Jota no eran más que el antes y el ahora en la concha de la Rubia. Santiesteban no estaba celoso. Ni mucho menos, una boludez estar celoso de la concha de la Rubia. No eran más que eso, entonces, Santiesteban y el Jota. Y gracias a eso, comenzaron a trabajar juntos.

Santiesteban ponía el dónde y el cuándo. El Jota ponía el cómo y el parkour. Y después el Judío. Y después la tarasca que no dura nada en el conurbano. Cuanto más miseria, menos dura la tarasca. El Jota nunca pudo entender eso.

Santiesteban, que sabía del modus operandi del Jota, hacía encargos acordes. Ningún boludo, Santiesteban, habíamos dicho. Plata, documentos y joyas. Nada que no entre en los bolsillos o una mochila pequeña. Todos los encargos fueron así. Todos menos uno.

—Necesito que te ocupés de un trabajito especial —había dicho Santiesteban—. Esta vez la Rubia te espera a la salida.

Al Jota le pareció muy raro. Casi dice que no el Jota. Casi lo manda a la mierda a Santiesteban y al puto encargo. Pero Santiesteban le ofreció muy buena plata sin pasar por el Judío. Y la plata nunca sobra en el conurbano.

De a uno

Escapar de la cana es fácil. Más por esos pasillitos de barro abajo y madera a los lados que son las villas del conurbano. Pero escapar de cinco o seis pendejos paqueados no es tan fácil. Panzas vacías y piernas fibrosas, como las de él, los pendejos. Encima en el conurbano, cualquiera anda de fierro. Regalan las balas, parece, en el conurbano. Así que el Jota corría a todo lo que daban las patas largas, resbalando en cada esquina, rebotando contra los tablones que hacían de paredes, contra las chapas que hacían de paredes, contra una que otra vieja acostumbrada a las corridas por esos pasillos.

El Jota sabía que correr en un laberinto tiene un solo final, atrapado en algún lado. Entonces corría con un solo objetivo: separar a los perseguidores. De a cinco o seis, con fierro en la mano y balas gratis, no es pelea. Pero de a uno es otra cosa. De a uno, el filo del Jota es más rápido que cualquier treinta y ocho.

Cuando uno de los pendejos encontró a otro que el Jota había abierto de oreja a oreja, se paró en seco y miró para todos lados. Ni rastros del Jota ni de sus compañeros. Se dio cuenta del problema y llamó a los otros. A los gritos los llamó. Por sus apodos los llamó. Nada. Al trotecito encontró el segundo, también abierto de oreja a oreja dos o tres curvas más adelante. No necesitó ver más para darse cuenta. Otra vez gritó los apodos de los que supuestamente seguían vivos. Nada. Los pendejos paqueados, a veces, tienen un segundo de lucidez. En ese segundo de lucidez decidió pegar media vuelta y sobrevivir otro día.

De rodillas

—Vos te lo buscaste, boludo —dijo Santiesteban y colgó el teléfono.

Lo que vino después el Jota lo supo por la Rubia. El Jota no estaba. Por eso pasó. Si el Jota estaba no pasaba. Pero el Jota no estaba.

Y cuando el Jota llegó y la Rubia le contó, el Jota cayó de rodillas.

¿Cómo es que un tipo duro como el Jota, acostumbrado a abrir a tipos de oreja a oreja, se cae de rodillas al enterarse?

Llorando cayó de rodillas el Jota. Espuma en la boca de la bronca. Los puños cerrados, las uñas clavadas en las palmas. Estaba de rodillas el Jota cuando supo que lo que se venía era distinto a todo lo que había hecho. Lo supo y lo aceptó. Ni cuando vengó la muerte del Rana había sentido lo que sentía en ese momento. El Rana, después de todo, sabía dónde estaba metido. Pero en cuanto escuchó las pocas palabras con las que la Rubia contó la historia y pudo poner entendimiento a lo que los ojos veían, no pudo pensar en nada más. Las rodillas en el suelo, sobre la sangre que empezaba a ponerse pegajosa. Por primera vez el Jota sintió que perdía el control ante la rabia. Y alguien iba a pagar por eso.

Diversificar

¿Por qué alguien como el Jota estaría a las cuatro de la mañana de un sábado en medio de toda esa gente? ¿Será que al Jota le gusta refregarse las pieles, transpiradas y convertidas en alambiques, a las cuatro de la mañana de un sábado? ¿Será que el Jota olvidó que odia cualquier tumulto que no sea la Fiel de Talleres? ¿O será que el Jota solo está ahí de cacería?

Llena de minitas, borrachas y fáciles, la bailanta. Y el Jota está ahí de cacería. Sino por qué va a estar un tipo que odia el tumulto refregándose las pieles destilando alcohol de cerveza barata y vino más barato todavía. ¿Porque al Jota le gustan esas minitas? No. El Jota está de cacería en la bailanta porque a su presa le gustan las minitas borrachas y fáciles.

El Jota soporta el tumulto porque tiene algo que hacer, no es por gusto que está ahí. Un fajo de cienes enrollados lo espera en casa si encuentra a su presa. Una mierda de tipo, su presa. Y que tuvo la mala suerte de caerle mal a otro tipo, mucho más mierda que él. Así que el Jota soporta frotarse las pieles en el tumulto con tal de encontrar a su presa con la guardia baja, lamiendo un cogote que huele a alcohol y colonia barata.

El Jota iba a los bailes de La Barra. No era habitué, digamos, pero iba seguido. Pero solo a los de La Barra. Sin saber que en esos bailes el destino junta a los flacos con zapatillas sogueadas y las rubias chetitas que les gusta coger por el culo. El Jota no sabía eso del destino. El Jota iba, más que nada, para cuidar al Rana y al Pelusa. Moqueros, el Rana y el Pelusa cuando se ponían en pedo. Armaban bardo, tocaban culos de minas con novios que se creían superhéroes, no pagaban la cerveza, echaban moco. Y el Jota iba, más que nada, para cuidar a su hermanos y devolverlos de una pieza a sus casas. La única noche que falló en su deber fue la que conoció a la Mica y mandó todo a la mierda. A sus hermanos y a su deber mandó a la mierda. Y se perdió, debajo del Puente Santa Fe, en el calor de esa boca y esa concha que olía tan rico.

Negros babosos y minas fáciles, borrachos todos, música de mierda, la bailanta. Si el Jota no fuese pobre y villero dirían que es preconceptuoso. El Jota odia la bailanta pero está de cacería. Su viveza le dice que mejor con la guardia baja, borracho y alzado, que avisado en el aguantadero donde su presa pasa la mayor parte del tiempo.

Y la paciencia del Jota paga sus frutos. En una esquina, cerca del baño, su presa aprieta a una minita, borracha y fácil como le gustan. La lengua de su presa lame la transpiración del escote de la minita. Exuberante y tatuado el escote. Salada y con gusto a vino, la transpiración. El Jota detrás de su presa, quieto. Su presa, la mano

sobando la entrepierna de la minita por encima del jean. El Jota, la mano en el bolsillo del pantalón. Agarrando fuerte el mango del filo, como tantas veces, la mano dentro del bolsillo del pantalón.

El Jota sale de la bailanta y respira una bocanada del aire frío de la madrugada del conurbano. No sabe si el fajo de cienes que le espera en casa vale la pena el suplicio de media hora ahí dentro. Y ahí adentro, la minita borracha y fácil tarda diez minutos para darse cuenta que el tipo no está dormido y lo caliente y húmedo que le moja el escote no es vómito. Después de esos diez minutos no queda ni el recuerdo del Jota en la bailanta. Cargarse tipos por plata no es lo que al Jota le gusta hacer, pero hay que diversificar. Qué se le va a hacer.

La pendeja

La pendeja tenía nombre, por supuesto. Cómo no va a tener. Pero nadie le decía otra cosa que pendeja. Así, impersonal. A propósito, impersonal.

Al Jota le sorprendía que la pendeja fuera una santa. El Jota hubiese esperado lo que todo el mundo espera de una pendeja de dos años. Berrinche, por lo menos, hubiese esperado. Caprichos. Llanto a todo pulmón la noche entera, hubiese esperado. Pero la pendeja era una santa. Apenas un sollozo bajito de vez en cuando. Y eso a pesar del frío, de la compañía de mierda con la que pasaba todo el día, de los mocos, de la tos, de la pis en los pañales. Un sollozo bajito, como no queriendo molestar a nadie.

Al Jota le daba lástima. Le daba lástima que la pendeja ni siquiera pudiera llorar a todo pulmón. Pero era al único que le daba lástima.

Ojitos azules, la pendeja. A quién habrá salido de ojitos azules, había pensado alguna vez el Jota. Pero sabía que no era cosa de él. Ojitos azules y pelo castaño clarito. Ahora mugriento, el pelo castaño clarito.

—Sos linda, hija de puta —le decía bajito el Jota, para que nadie escuche—. Cuando seas grande vas a desparramar vagos con esos ojos...

El Jota la cuidaba hasta las ocho. Después llegaba la Rubia y podía ocuparse de sus propios asuntos. Era el trato que tenían. Y al Jota cada vez le molestaba menos cumplir su parte.

Campaña política

—Vamos. Hay que hacer campaña.

Es todo lo que dijo el gordo. Dijo esto y se dio vuelta, como si el Jota no pudiera decir que no. Y el Jota lo siguió sin chistar. El gordo se subió al asiento del acompañante de la Hilux. Una Hilux con las puertas ploteadas con caras sonrientes y mentirosas. En el centro, la cara sonriente y mentirosa de una efímera ex primera dama. El Jota la miró reírsele en la cara y escupió el piso. Se subió al asiento trasero de la Hilux y no dijo nada en todo el viaje.

Se preguntaba qué tipo de campaña se hace un año después de las elecciones y un año antes de las siguientes. Es decir, se extrañó pensar en eso. Le parecía muy temprano. Pero el gordo había dicho eso, que había que hacer campaña. Y para colmo, el Jota se preguntaba qué pito tocaría él en esta orquesta. La misma canzoneta de siempre, la orquesta. Para qué necesitarían a un negro flaco especialista en parkour.

Durante el viaje miró por la ventana de la Hilux. Algunas partes del conurbano son muchos peores que las villas de Córdoba. Hay lugares que hasta al Jota le daban miedo. Y la Hilux pasaba por esos lugares inmune a la miseria y al peligro. El Jota pensó en el barrio, en sus hermanos, en su infancia de pies descalzos y canchita de tierra. Una infancia difícil la del Jota, pero mucho mejor que todas estas. Una infancia de palos y abusos, la del Jota. Pero mucho menos peligrosa que todas estas. La supervivencia en el conurbano, muchas veces, es cuestión de número, casi como los animales. Si tenés ocho o nueve hijos, capaz que uno o dos lleguen a adolescentes y te ayuden a rebuscartelas. Una cagada las infancias del conurbano.

La Hilux estacionó frente a un comedor del barrio. Había un montón de comedores en el barrio. Pero también había un montón de hambre. Hambre, por supuesto, que no acaba en los comedores. Hambre que se distrae un par de horas en los comedores. Hambre que vuelve con toda la furia en las casas, lejos de las caras sonrientes y mentirosas que miran desde los afiches.

El gordo y el Jota se limitaron a mirar como otros tres, que salieron del comedor, bajaban cajas con el escudo nacional de la parte de atrás de la Hilux. Es interesante ver cómo es el tema de las campañas. A la gente no le importa de dónde sale, sino de la mano de quién llega. Y el gordo sabía bien de esto. Cajas, zapatillas y guardapolvos. El gordo se encargaba de que la cara sonriente y mentirosa de la ex primera dama estuviera siempre presente.

El Jota se preguntaba si tenía que ayudar. Si tenía que hacer cualquier cosa. Parecía que no. Parecía que parado junto al gordo estaba haciendo justo lo que el gordo quería que hiciera.

—Así que esto había sido hacer campaña —pensó.

Lo bueno y lo malo de la fama del Jota. Él no servía para ayudar. Lo de él era meter miedo.

Tres dedos en el culo

Mica lo conoce bien al Jota. Mica sabe que si los pelitos de la nuca del Jota están parados, la pija ya está dura como un fierro. Mica sabe que si de la pija del Jota sale ese juguito salado pero liviano, los huevos ya están grandes como manzanas. Mica sabe que si su dedo mayor entra sin dificultad en el aro fruncido del culo del Jota, se viene una catarata de leche directamente a su garganta. Mica sabe.

Pero el Jota imaginaba que si llegaba a soñar con Mica iba a ser un sueño lleno de sangre, llamas, balas, puteadas... pero no.

El Jota sueña que Mica le lame las bolas despacito, con la lengua llena de saliva tibia. Sueña que él se agarra de los pelos rubios de Mica y la obliga a tragarse la pija entera. Hasta que la lengua llena de saliva de Mica le lame las bolas. Sueña que parece que la obliga, pero Mica lo hace porque le gusta. En realidad con las manos agarrando los pelos solo la ayuda a llegar hasta el final. El Jota sueña que acaba un litro, dos, tres, dentro de la garganta de Mica. Sueña que es el dueño del mundo.

Y el Jota, cuando despierte, no va a entender por qué sueña con Mica de esa forma. Si los únicos recuerdos que tiene de ella rezuman bronca, resentimiento y venganza. Si solo piensa en ella para putearla de arriba a abajo y cagarse en la noche en que la conoció.

Pero en el sueño, el Jota muerde esos pezones pequeños y lame esas tetas firmes. Mete la lengua en el agujerito del pupo. Lame, muerde, chupa, escupe, sopla y vuelve a chupar esa concha rosadita de adolescente. El Jota devuelve el favor y mete un dedo en el culo mientras lame el clítoris. Después dos. Después tres. En el sueño, el Jota reemplaza sin mucho cuidado tres dedos por pija y bombea con ganas. En el sueño Mica se traga la pija del Jota con el culo y lo frunce a la salida. Y el Jota vuelve a acabar con furiosos espasmos que le blanquean los ojos y la mente, reduciéndola a una simpleza absoluta. Mica cae sobre el Jota, con la pija todavía en el culo, y el Jota la abraza por detrás. En el sueño el Jota se duerme todavía dentro de ella. Y sonrío de oreja a oreja.

El Jota despierta en el suelo, con un dolor en las costillas que no entiende hasta que ve a su lado a la Rubia, y al codo en punta de la Rubia, y a los ojos en llamas de la Rubia que lo miran con un odio profundo.

—Mica y la concha de tu madre, Cordobés.

El dolor se pasa, eventualmente. La rabia de la Rubia también. Lo que tarda más es el quilombo en la cabeza del Jota, que no entiende por qué carajo sueña esas cosas...

Riesgo laboral

El Jota estaba preparado para casi todo en su trabajo. Conocía muy bien, después de tanto tiempo, los riesgos laborales. Tajos, balazos, piñas de esas que vuelan tres dientes. Hasta calcularle mal al salto y partirse el marote contra el suelo. Marote duro el del Jota, pero no irrompible. Pero nada lo había preparado para enterrarse un clavo herrumbrado en la planta del pie. Hasta el fondo, el clavo. Muy herrumbrado y mugriento, encima. El hijo de puta traspasó las Nike como si nada y el Jota terminó tropezando con la madera donde estaba clavado. No estuvo mucho tiempo dentro de la humanidad del Jota, diez, quizás quince segundos. El Jota se lo extirpó rápidamente, pero no por eso logró evitar la mueca de espanto.

Tétanos.

Y nada más. Solo esa palabra ocupó la mente del Jota en ese momento. No podía pensar en otra cosa.

¡Tétanos!

El horror le apretó el pecho y por unos segundos no logró ni ponerse de pie. Las historias que escuchó de chico en boca del abuelo del Pelusa se le amontonaron en el cerebro. Las imágenes que tan vívidamente esos relatos habían evocado en la mente infantil de un Jota de doce o trece años, regresaron para atormentarlo hasta el límite de la paranoia.

Es ilógico, si alguien lo piensa fríamente, tenerle más miedo a un clavo en el pie que a una bala en el pecho o un tajo en el cuello. Pero en realidad a lo que se teme es a lo desconocido. Balas y tajos eran cotidianos para el Jota, en su cuerpo o en otros cercanos. Pero el mito de aquella enfermedad maldita que curvaba hombre fuertes como caballos hasta que las mandíbulas se quebraban por causa de la presión era terrible.

El Jota hizo sangrar la herida todo lo que pudo en el momento. Sangre negra le pareció, mezclada con la mugre del pie. Y se las arregló para llegar hasta la casa de la Rubia olvidándose del dolor agudo que empezaba en la herida y le llegaba a la cintura.

—No seás cagón Cordobés, no pasa nada —la Rubia nunca entendería, de todas formas.

Le lavó la herida con jabón azul para la ropa y mucha agua. Un puntito de morondanga, cuando limpia, la herida. Pero para el Jota no significaba más que la puerta de entrada para el tétanos. La Rubia le faltó el respeto a ese pensamiento y tapó el agujerito con una curita.

—¿A dónde vas, Cordobés? ¿Qué carajo te pasa?

El Jota llegó al puesto de salud de la villa sin importarle ser reconocido. Primero lo primero, pensó, librarse del tétanos. Después se preocuparía si se corre la bola de que el Cordobés andaba mariconeando con una pinchadura en el pie. Porque no hay nada peor que perder el respeto de unos y el miedo de otros. Un boludo, inmediatamente, pasás a ser. Pero primero lo primero. Después lidiaría con el chusmerío.

Entró y no vio a nadie por ningún lado. Palmeó las manos. Nada. Se fijó detrás de unas puertas vaivén. Después volvió al ingreso. Volvió a golpear las manos. Por esas mismas puertas vaivén se asomó una mina con guardapolvo celeste. Lo miró de arriba a abajo.

—¿Qué querés? —fue todo lo que dijo.

El Jota balbuceó atolondradamente sus intenciones alternando de vez en cuando el relato de cómo se había herido.

—Inyecciones solo con prescripción médica... —lo interrumpió la mina e intentó volverse por el pasillo por donde había aparecido.

No llegó a hacer dos pasos cuando el Jota ya la tenía agarrada por el cuello y con el filo apoyado en el cachete, a milímetros del ojo derecho.

—¿Me estás cargando, no? —habló el Jota, incrédulo—. Me ponés la antitetánica o vas a tener que buscarte alguien que te cosa la cara, culiada.

Habiendo dejado bien en claro la situación, empujó a la mina del guardapolvo celeste hacia adentro. La mina, en realidad, mucho no se asustó. Medio que estaba acostumbrada, parece.

Sin decir palabra fue hasta un gabinete, sacó una jeringa y colocó la aguja. Ante la mirada atenta del Jota sacó un frasquito y llenó la jeringa. Hizo todo el circo de dejar salir unas gotitas y le ordenó al Jota darse vuelta.

El Jota se acercó a ella y le apoyó nuevamente el filo en la cara.

—En la pierna —ordenó—. Y si me duele te rajo.

El Jota salió del puesto de salud mucho más tranquilo. Tan tranquilo que pudo, por primera vez, notar el dolor en la planta del pie. La herida no dejaba de ser un agujerito de morondanga, pero bien que dolía la muy culiada.

En el dispensario, la mina del guardapolvo celeste quemaba la aguja y tiraba al tacho de basura la jeringa y el frasquito vacío de penicilina.

—¡Espero que seas alérgico, hijo de puta!

Mala suerte

Hay gente que nace con mala suerte. El Jota sabía bien de eso. El Jota no había nacido en una cuna de plata, eso era seguro. Pero dentro de todo, así como mala suerte, había peores. Mala suerte en serio era nacer de padres narcos con deudas. Deudas a otros narcos, obvio. Nacer en una casa de narcos de medio pelo era un desafío al destino. Pobre pendeja, mucha mala suerte la de ella.

El padre le debía plata a los narcos y favores a la policía. Mucha mala suerte nacer de un padre así. Y la madre, encima, sin pelotas para irse a la mierda. Así que hasta las manos, la pendeja.

El Jota, que sabía de mala suerte, pero no de tanta, pensó rescatar de esa vida de mierda a la mocosa de ojos claros. Un ingenuo, el Jota.

—Nadie te va a extrañar —pensaba. Y lo tenía todo planeado. Cuando Santiesteban tuviese lo que quería, desaparecía con la pendeja y empezaban los dos de cero. Difícil empezar de cero, el Jota lo sabía. Pero estaba decidido a hacer el intento.

Un ingenuo de mierda, el Jota. Porque para planear lo que planeaba se había olvidado de lo más obvio. Santiesteban podía no conseguir lo que quería. Santiesteban podía quedarse con las manos vacías. Y era un desquiciado Santiesteban cuando no conseguía lo que quería. El padre de la pendeja podía decidir que la vida de la mocosa no valía los favores que Santiesteban le demandaba. Podía decidirlo o podía no quedarle otra, lo mismo daba. El Jota se había olvidado, al planear lo que planeaba, que podía llegar un día a la casa de la Rubia y pisar sin querer los sesos de la pendeja.

Olor a sangre

El Jota había visto un programa sobre tiburones. En un canal de animales había visto el programa sobre tiburones. En el bar del barrio, cuando no había fútbol, el Jota, el Rana y el Pelusa ponían el canal de animales.

En ese programa el Jota había visto que el tiburón se pone loco cuando huele la sangre. Desde ese momento, matar es todo lo que existe en la primitiva mente del escualo. Al Jota siempre le había parecido una exageración. Se lo había comentado al Rana y al Pelusa, que le parecía una exageración.

—Un chabón el bicho ese —había dicho el Jota. Porque el Jota tenía esa viveza que aleja al rico de la miseria y al pobre del cementerio. Y esa viveza le decía que lo primero era cuidar el pescuezo. Después, si se puede, lo otro. Pero primero cuidar el pescuezo.

Cuando salió de la casa de la Rubia con sangre en las rodillas y seso en la planta de las Nike, el Jota tenía frenesí asesino.

El olor a sangre le perforaba el cerebro. Ya lo había sentido antes, por supuesto. Pero esta vez no era solo carne muerta. El olor a sangre venía de sueños muertos, de proyectos muertos, de inocencias muertas. Inocencia de la pendeja y del Jota por igual. Y este olor a sangre le dolía en las sienes.

Llegó a la posta policial en seis minutos. El olfato lo llevó hasta ahí. No tenía ninguna certeza de que lo que buscaba estuviese dentro, pero el olfato lo llevó a la posta policial donde una vez la Rubia lo había ido a visitar a Santiesteban.

No había nadie de guardia ni bosta por el estilo. En las postas con suerte hay dos o tres canas adentro. Y el Jota, menos vivo que nunca, de esa viveza que él tenía, entró por la puerta con el filo en la mano.

El Jota nunca había tenido necesidad de bajar un cana. Aunque para todo hay una primera vez. Y la primera vez del Jota fue por venganza. Y ni siquiera contra él, el tipo solo tuvo la yeta de estar ahí. El cana gordo y pelado estaba detrás del escritorio mandando un mensajito de texto. No se qué de un asado, a medio terminar, el mensajito. Después del salto del Jota, lleno de sangre el celular. Sin tiempo a nada, el cana gordo y pelado se lleva la mano al cuello y deja caer el celular. Las dos manos al cuello. El filo había ido de punta, entrado y salido en menos de un segundo. Y nada más. El Jota ni se ocupó de rematarlo. Estaba en otra habitación ya cuando el cana gordo y pelado manoteó la reglamentaria con la mano ensangrentada. La manoteó y logró sacarla de la cartuchera. Pero nada más. La dejó caer igual que el celular y volvió a llevar la mano a la garganta. Al pedo. Ya estaba muerto.

El segundo cana de la posta murió en el inodoro. Los pantalones bajos el cana en el baño. Una mano sosteniendo el celular y la otra mano en la pija. Una porno en el celular, de esas bajadas de internet. Anal interracial, la porno en el celular. Las dos manos ocupadas y lejos de la reglamentaria, una papa el segundo cana. El Jota no tenía nada contra este tampoco, pero así es el frenesí. Es un hambre insaciable. El Jota sabía que no acabaría con la muerte del cana que se hacía una paja en el baño de la posta, pero necesitaba matar. Esta vez hubo más saña, porque hubo algo de resistencia. Tres o cuatro tajos, esta vez. Y patadas para mantenerlo a distancia. Por fin el tajo como corresponde y el cana se desploma. A borbotones sale la sangre. A borbotones como la leche del negro de la porno.

Cuando Santiesteban vio salir al Jota por la puerta que da al patio no se inmutó. Por más que el Jota estaba bañado en sangre ajena, no se inmutó. Se extrañó, eso sí. Pero totalmente tranquilo.

—¿Qué hacés acá? —preguntó Santiesteban, completamente ajeno a lo que le esperaba.

En el patio de la posta Santiesteban preparaba el fuego para el asado. Con el chaleco puesto y la reglamentaria en la cintura preparaba el fuego para el asado. Ningún boludo Santiesteban.

—¿Qué carajo hacés acá? ¿Te pescaron, boludo? —Santiesteban no tenía ni la menor idea.

Hasta el momento de su muerte, hasta el mismo instante en que esos veintiún gramos se esfuman para siempre, Santiesteban nunca supo lo que la pendeja significaba para el Jota.

¿Si lo hubiese sabido hubiera sido diferente? Tal vez no.

¿Si lo hubiese sabido no habrían terminado los sesos de la pendeja en el contrapiso de la casa de la Rubia? Probablemente sí.

Pero tal vez si hubiese sabido lo que la pendeja significaba para el Jota, hubiera entendido por qué estaba de rodillas en la tierra, con la garganta abierta de lado a lado y pis en la boca. Y por qué había lágrimas en los ojos del Jota.

Dios los cría

El Pelusa y la gringa juntos.

La pija parada, el Pelusa, cada vez que mataba. Después de años de inacción y atrofia, la pija del Pelusa se ponía como fierro cada vez que descargaba el tambor del treinta y ocho. Y el Pelusa aprovechaba, volvía rápido al barrio y descargaba su leche en la minita de turno. El Pelusa había descubierto para lo que era bueno. Y eso lo había puesto rápidamente al tope del mercado.

El Pelusa había comentado a los del barrio que había encontrado una minita que pagaba muy bien. Para hacer lo que él había aprendido a hacer cuando se quedó solo, le pagaba muy bien.

Mica no había vuelto a coger desde el Jota. Tenía demasiado en su cabeza adolescente tratando de manejar los negocios del hermano y de tapar el pasado de su padre. Miles de hombres, de todas las razas los hombres, de muchos países los hombres, extrañaban a Juliette. La gringa creyó acabar con ella con solo cerrar la página, pero lo único que hizo fue crear el mito. Y el mito, tarde o temprano, la alcanzaría.

La gringa estaba contenta de haber encontrado un flaco que no hacía preguntas y que la ponía donde quería. Ya fuera conocido, desconocido, de uniforme o civil, el flaco no hacía preguntas y no fallaba.

El Pelusa y la gringa juntos no era algo que nadie esperara, pero pasó.

Ellos nunca hablaron del Jota, por lo que nunca supieron que eran la gringa y el Pelusa.

Para cuando el Jota se enteró, la gringa y el Pelusa llevaban meses de fructífera sociedad.

Superclásico

El Gordo paró la Hilux y tocó bocina. No necesitaba nada más. El Jota se subió y vio algo raro. La cara del general no estaba en las remeras. No había ninguna cara en las remeras. Había azul y oro. Al Jota le corrió un escalofrío cuando el Gordo le tiró una camiseta. Si algo odiaba el Jota más que a River, era a Boca. El Jota la agarró y miró al Gordo. Con bronca miró al Gordo.

—Me estás jodiendo... —dijo el Jota. Pero el Gordo le hizo saber que no jodía. Ni abrió la boca el Gordo, pero le hizo saber que no jodía.

El Jota se calzó la seis de Boca y arrancaron.

Domingo soleado de Octubre. La tarde estaba hermosa para el parkour. O para tomar mate con criollos de La Celeste. O para ir al Cheateau a ver a Talleres. Pero nada de eso. Así que el Jota puteaba bajito, todo el trayecto desde la villa hasta Belgrano. Puteaba bajito hasta que escuchó de boca del Gordo el plan para esa tarde. Ahí empezó a putear más alto, el Jota.

—Tenés que bajar un tipo, cortarlo todo, hacerlo ver como una pelea de barras, ¿viste?

El Jota dedujo que no era por ser hinchas de River que se la tenían jurada al tipo. Pero qué podía hacer él para negarse. Para negarse tenía que cargarse al Gordo y sus dos secuaces. Las matemáticas eran simples, hasta para el Jota. Así que se quedó en el molde.

Cuando estuvo saltando en medio de La Doce, pieles con pieles otra vez sin buscarlo, por obligación pieles con pieles, no por gusto, el Jota pensó que el encargo era para la salida. Y por un momento el Jota se olvidó del encargo, y se olvidó de que odiaba a Boca, y de que odiaba a River, y disfrutó de ese rito pagano y alienante que es el superclásico. Embotados los ojos y los oídos, como en un trance, el Jota salta y canta, canciones que conoce canta, cambiando Talleres por Boca canta, las pieles con pieles, contra pieles, sobre pieles. Sesenta mil almas que dejaron afuera sus pequeñeces y son gigantes en el trance del superclásico. Solo algunas entraron con sus pequeñeces, con sus agendas que no tienen que ver con el fútbol, con sus mezquindades que no tienen que ver con la pelota. El Gordo y sus secuaces. Y el Jota por obligación.

El cero a cero parece inevitable. Lo saben los jugadores y lo sabe la gente en las tribunas. El Jota no lo sabe, quiere un gol. De cualquiera el gol. No le importa pero quiere un gol. Y en la emoción de querer un gol, de cualquiera el gol, no siente la mano en el hombro del Gordo. No escucha la voz que dice «es aquel». Y el Gordo lo tiene que zamarrear al Jota para sacarlo del trance y devolverlo a la realidad de

pequeñeces y mezquindades. El Jota escucha la segunda vez. Mira. No es de River el que va a palmar. Está con ellos en La Doce, vestido de azul y oro como ellos. El Jota lo mira al tipo y después al Gordo. El Gordo mira a sus secuaces, un empujón, avalancha, pieles contra pieles hacia abajo, el Jota sale disparado hacia el tipo, sale filo, va y viene.

La Hilux vuelve al conurbano. Dentro de la Hilux el Jota que cumplió su parte. Y el Gordo, contento con el Jota que cumplió su parte. El Jota no quiere saber, no le interesa. El bostero que se desangró camino al hospital tal vez le debía plata al Gordo. Tal vez estaba queriendo vender merca en el territorio del Gordo. Tal vez estaba haciendo mucho ruido para otras caras que sonreían desde los afiches. Al Jota no le importa. Al Jota le importa que lo dejen en la casa de la Rubia y no lo pasen a buscar por un buen rato.

De los tobillos

Santiesteban había dado ya el ultimátum hace tiempo. Es más, se había tardado mucho en cumplirlo esta vez. Pero hay gente que no aprende, qué se le va a hacer. Y el padre de la pendeja era uno de esos.

—Vos te lo buscaste, boludo —dijo Santiesteban y colgó el teléfono.

La Rubia sabía lo que se venía, pero sabía que no podía hacer nada para evitarlo. No es que hubiese querido, la verdad le daba lo mismo. Pero si hubiese querido, no hubiera podido hacer nada por evitarlo.

Se limitó a no mirar. A cerrar los ojos y tratar de no escuchar. Pero escuchó.

Santiesteban ni siquiera estaba alterado. Frío como siempre se acercó a la pendeja que moqueaba de hambre en el sillón. La agarró de los tobillos y, en un mismo movimiento, la levantó en vilo y le partió la cabeza contra la pared.

Cagó el Judío

Había algunas cosas que hacer antes de tirar todo a la mierda. El Jota había hecho una pequeña lista, bien cortita la lista, en la mente limada del Jota la lista. Y al tope de la lista estaba cargarse al Judío.

El Jota había tenido al Judío entre ceja y ceja desde la primera vez. Santiesteban era más pragmático. Pero al Jota le daba por las bolas las comisiones que cobraba el Judío por reducir lo que el Jota choreaba. El tipo ahí, sin transpirar, sin esquivar las balas, se quedaba con casi todo. Migajas era lo que el Jota recibía, del fruto de su esfuerzo migajas era todo lo que recibía. Así que al Jota le daba por las bolas el Judío y antes de tirar todo a la mierda, bien arriba de su corta lista, estaba cobrárselas todas.

Todos le veían utilidad al Judío. Los que vendían y los que compraban. Los de más abajo y los de más arriba. Todos menos el Jota. Pero como todos le veían utilidad al Judío, nadie se le ocurría molestarlo. Entonces el Judío estaba, como quien dice, sobado. Solo en la casa, sin guardias ni nada, siempre con mucha guita, algunos dirían que solo de pasamanos, iba y venía la tarasca, pero en la casa siempre había mucha. Pero como era guita de gente pesada, medio achanchado el Judío porque nadie se le ocurría hacerse el vivo. Obvio que al Jota todo eso ahora le chupaba un huevo.

Llegó a la casa del Judío esa misma tarde en que se cargó a Santiesteban en la posta. Ese tipo de noticias corren rápido en el conurbano. Así que si iba a tirar todo a la mierda, tenía que hacerlo ya. Se bajó del techo y aterrizó en el patio. Un cusquito negro le hizo fiesta al verlo y ni ladró. La puerta del patio estaba abierta. Sin llave, la puerta del patio, así que el Jota se metió casi sin hacer ruido. El filo en la mano, las Nike pisando de refilón. El Jota buscó al Judío por la casa. Chica la casa, pobre la casa, un miserable el Judío, pensó el Jota. Con toda la guita que tiene una mierda la casa. El Jota buscó por toda la casa al Judío y lo encontró donde siempre lo había visto. El Judío estaba detrás un escritorio de algarrobo escribiendo en un cuaderno enorme. Con bic azul escribía números enormes en un cuaderno enorme. Corto de vista el Judío. Miserable y miope. El Jota se le acercó por atrás, sin hacer ruido se le acercó por atrás, el filo en la mano y las Nike caminando de refilón. Cerró el puño el Jota, cerró el puño apretando el mango del filo y tensó los músculos del brazo. Lo que sigue, casi siempre, es un tajo rápido y certero que abre la garganta de lado a lado. Pero esta vez no, esta vez el Jota tuvo un segundo de lucidez y el tajo no fue profundo. Suficiente para pegar un cagazo de película, pero nada más. El Jota quería estar seguro de sacarle el jugo al Judío, antes terminar de abrirlo.

—No sabés a quién le estás choreando —dijo el Judío, con las manos en la garganta y los ojos enormes. Un cliché todo esto, obviamente. El Jota se le cagó de

risa en la cara.

Le importaba un carajo, no tenía pensado gastarla cerca de ahí. Y sobre todo, el Jota, sentía que no estaba choreando. Sentía que se estaba cobrando lo que le debían.

—Ese tajo se cura con unos puntos, culiado. El que viene no, así que apurate —el Jota fue lo suficientemente claro. El Judío, que era Sánchez de apellido y tenía el pito intacto, eligió tener una segunda oportunidad. Con la mano ensangrentada apretó los números de la caja fuerte y la abrió. El Jota se sirvió como quiso de esa puerta abierta y se fue de ahí. Con los bolsillos llenos se fue de ahí. No sin antes terminar el tajo del Judío, se fue de ahí con lo que le debían.

Una foto en Mar del Plata

Santiesteban había puesto el dónde y el cuándo. Y se había encargado de que en la casa no hubiese nadie. O casi nadie.

—Tenés quince minutos —había dicho Santiesteban.

Quince minutos parecía poco, pero lo que el Jota iba a llevarse de la casa estaba empaquetado y listo. No había que buscar, no había que romper. Solo entrar, levantar y salir. Y la Rubia afuera con un auto que Santiesteban había conseguido. Quince minutos estaban bien.

Casa con plata en la zona del delta, a estrenar, como casi siempre muchas cosas y nada de buen gusto. Ricos nuevos que hasta hace poco fueron muy pobres, plata de la merca. Hasta el Jota sabía eso.

El Jota sabía lo que iba a buscar, pero aún así se paró en seco cuando vio la foto sobre una cómoda del living. Una foto en Mar del Plata. Los ojitos azules brillaban con el sol de frente y, de fondo, el mar marrón. Mucho más marrón, por contraste, el mar. La carita de la pendeja lo dejó pasmado. Hermosa la pendeja. Parecida a la madre debía ser, la pendeja, porque con el padre nada que ver.

El Jota se recompuso y caminó hasta la planta alta. Encontró a la pendeja durmiendo en la cama-cuna. Como un bulto, porque menos experiencia que el Jota pocos, levantó a la pendeja y salió del cuarto. Sin nada más salió del cuarto. Sin nada más que la pendeja dormida en los brazos salió de la casa y se subió al auto.

El Jota tenía que cuidar la pendeja hasta las ocho de la noche, después se hacía cargo la Rubia. Santiesteban solo pasó un día a sacarle una foto con el celular. Con un celular robado le sacó una foto a la pendeja y se la mandó al padre. Hasta las manos el padre. Una suerte de mierda la pendeja.

Tres semanas de ablande, el padre de la pendeja. Santiesteban le había tenido mucha paciencia. Tres semanas la pendeja en la casa de la Rubia. Y al Jota ya le estaba costando cada vez menos cumplir con su parte del trato. El Jota ya había empezado a hacer otros planes.

—También con esta polenta de mierda... ¡ni queso tiene! —se apiadó el Jota mirando la carita de la mocosa, embarrada en lágrimas y mugre. No se parecía en nada a la foto de Mar del Plata...

Volver

Dejó de ser el Cordobés en cuanto bajó la Panamericana para entrar en la Ruta 9. Volvió a ser el Jota, el flaco de zapatillas sogueadas nacido y criado a cuadras de la Cañada. Y todo el camino de vuelta, recostado en el asiento de un Ford Focus nuevito, se alegró de dejar el conurbano y volver a su ciudad. Cómodo para la mierda el Ford Focus, no se lo hubiese imaginado. A sus anchas y para él solito el Ford Focus.

Había cosas que hacer al llegar a Córdoba. Había que reconstruir relaciones, valiosas para el Jota. Había que volver a ser el que era antes de irse. Y no sabía cuánto le iba a costar eso.

Mirando el techo tapizado, con los brazos detrás de la cabeza, el Jota pensaba en el Pelusa. Lo extrañaba al guacho. Lo extrañaba mucho. El Jota también pensaba, pero poco y rápidamente, en los peligros que lo habían hecho irse. Esperaba que hubiese pasado el tiempo suficiente. No había pasado mucho, pero esperaba que fuese suficiente para que las cosas se hubiesen calmado un poco. No sabía, no podía saber, de las extrañas coincidencias que se dan una ciudad tan chica como Córdoba. Pero no quería pensar en eso. Quería pensar en volver a la cancha a ver a Talleres. En comerse un asado con mollejas con el Pelusa. En dormir en la casa de la vieja del Rana y que lo despierten con matecocido y pan criollo. Y en volver al trabajo.

Había levantado un fangote de la casa del Judío, pero no iba a durar para siempre. Tenía que volver al trabajo. Ya había empezado a gastar, no le quedó otra. Había gastado en su viaje en el Ford Focus. No era mucho, pero ya había dos fajos menos. Al chofer del camión mosquito lo adornó con dos mil pesos. Era caro, pero lo valía. Nadie se enteraba, la policía no lo controlaba y el Ford Focus era cómodo para la mierda para dormir.

Rocío

El Jota cumplía su parte del trato. Cuidaba a la pendeja hasta las ocho, después se encargaba la Rubia. Pero hasta las ocho, la pendeja era suya. Y después de la primera semana, el Jota comenzó a encariñarse mal con la pendeja. Al fin y al cabo, esa cosita chiquita de ojos azules no tenía la culpa de nada. El Jota no sabía mucho de ninguna cosa, pero lo poco que sabía de la vida lo hacía ser considerado. Cualidad extraña, trabajando de lo que trabaja el Jota, ser considerado. Pero no podía dejar de pensar en ella, en todo lo que le faltaba a la pobre. Y de a poco se le metió una idea en la cabeza. Se le metió de a poco, pero profundo. La pendeja no tenía la culpa de tener los padres que tenía, ni de haber nacido en el conurbano, ni de haber conocido a Santiesteban. Y si había justicia en este mundo, el Jota se iba a encargar de sacarla de esta vida de mierda que tenía, alejarla del destino de mierda que le prometía sus circunstancias. Y el Jota empezó por lo básico, haciendo lo que siempre le habían dicho que no hiciese.

—Hola Rocío, ¿tenés hambre, hermosa?

Agradecimientos

A todos los beta-readers que aportaron sus opiniones y ayudaron a darle forma a este relato:

Claudia, Mauro, Beto, Esteban, Javier, Germán, Federico, Luli, Kolo, Pauli, Adrián, Laura y Gonzalo.

A todos los lectores del blog original del Jota y Mica, por hacerme creer que su historia merecía algo más.

A mis padres, que de una forma u otra me hicieron lector primero y escritor después.

A Gustavo Gómez y Javier Peñaranda por darme el tiempo para terminar esta novela.



CARLOS FILIPPA nació en Santiago del Estero en 1972, y desde 1990 vive en Córdoba.

Egresado como Licenciado en Cine y TV en la Universidad Nacional de Córdoba, fue premiado nacionalmente como realizador de cortometrajes. Actualmente se dedica a la docencia.

Su novela inédita *Aves de Carroña* recibió la Mención Especial en el Premio Estímulo a la Creación Literaria y Teatral del año 2000 (Premio Nacional de las Artes).

Desde mediados del 2003 hasta principios del 2005, escribió para su weblog *Los Dedos del Manco* sobre literatura, cine, actualidad y afectos personales, recibiendo en ese período más de 40.000 visitas desde todas partes del mundo hispano.